

XX.

Asustóse Miguel Berthier de aquella revelación que amenazaba transformar un lazo temporal en vínculo definitivo: el deber ¡qué deber! se levantaba erguido ante su vista; iba á ser padre.

Y este pensamiento que inunda de alegría á los hombres más altivos y rígidos, no solamente le dejaba frío, sino que le exasperaba: habíase rendido á la piedad al ver correr las lágrimas de Lía, y hallado en el fondo de su corazón un postrer átomo de cariño, último eco de amor; mas apenas estuvo solo, dueño de sus pensamientos, calculó con severo golpe de vista las consecuencias de suceso tan sencillo que se le aparecía como espantosa catástrofe.

—¡Todo ha concluído! ¡un hijo! Lo que era un capricho se convierte en deber; la fantasía se convierte en ley..... ¡Ah! Pedro Menard tenía razón: yo hubiera debido romper más pronto.

Pero ¿era posible romper? ¿era humano?

Después de todo, amaba á Lía, ó la había amado por lo menos con tanta ternura, que el recuerdo de su amor era suficiente para considerarle como

sagrado. Y además, ¡abandonarla ahora, cuando iba á ser madre!

—¡No, no!—pensaba.—¡Eso sería cobarde!

Pero ¿qué hacer entonces? ¿casarse con ella?

Y entonces se encogía de hombros. ¡A buen seguro que el mismo Pedro Menard, con su altivo puritanismo, no le habría aconsejado otra cosa!

Se casaría con la señorita de Morangis, por ejemplo, rica, halagada por la fortuna, en cambio de una existencia cómoda, feliz, insolente; pero jamás con Lía Hermann, pariente cercana de un pobre diablo que vendía pan ázimo á los judíos..... Porque cuando el casamiento no hace al hombre independiente, mata su ambición y destruye su porvenir.

Y Miguel se acordaba de Luis Dalerac, que aspiraba á dar su nombre á la señorita Nadeja Bourtibourg y á recibir el dote de la linda muchacha; y él, Miguel Berthier, ¿había de limitar su ambición al jardincito del boulevard Clichy? ¡Bah! ¿era eso posible?

Y, sin embargo, decíase mentalmente que para salir de aquel compromiso, para librarse de tal deber, para tranquilizar su conciencia, sí, cien veces sí, habría deseado descubrir una traición, una infamia en la pobre Lía, y descubrirla súbitamen-

te, como él había recibido la confianza de que ella era madre, al modo de un rayo.

Pensaba en que sería dichoso, ¡sí, muy dichoso! si alguien le dijese de repente:

—Tranquilizaos: ¡ese hijo no es vuestro! ¡Esa mujer os ha engañado!

Y en seguida procuraba recordar, con fiero trabajo analítico, todos los defectos de Lía, pobre criatura que no examinaba jamás sino las buenas cualidades de su amado, y aun las exageraba.

En tal situación, Gontran de Vergennes, que había vivido la vida alegre y fácil sin cometer una debilidad, sin sombra de una acción dudosa, y con buen humor acomodaticio, práctico, parisiense; Gontran de Vergennes, pensaba Miguel, era el único que podía aconsejarle y decidirle á tomar una determinación.

A él se dirigió Berthier, y no á Menard.

—Vamos, vamos—le contestó Gontran—ya veo que el diente está muy firme para arrancarle!..... Cuando una afeción se arraiga en el alma, lo que importa saber es adónde podrá conducirnos.

—Eso, eso—decía entonces Miguel;—el porvenir, ¿no es verdad, Gontran? el porvenir: esa es la cuestión; y sería una locura ¿no lo crees así? juzgarlo todo entero, de una vez, por satisfacer una

pasión deleznable.... ¿Has hecho también alguna vez lo que yo quiero y debo hacer? ¿Has roto con tu querida?

—¡Pardiez, ya lo creo!—dijo Gontran;—y advierte que en una ocasión tuve que exclamar con honda pena: ¡Ay!

—¿Luego te consolaste?

—Perfectamente.

—¡Quizá no amabas como yo!

—¡Fatuo! lo cierto es que yo amaba mucho.

—¿Y no te arrepientes?

—¿Cómo arrepentirme, si me caso con otra mujer? El matrimonio, amigo mío, es como el puente de Aviñón: ¡todo el mundo pasa por él!..... Ya pasarás tú....

—¡Quién sabe!—respondió Miguel pensativo.

En la noche de aquel mismo día fué á casa de la Baronesa, no sólo para ver á Francina, sino para olvidar á Lía, y encontró en el salón al Conde y á la señorita de Morangis sencillamente vestida de blanco.

Sonrió la Baronesa cuando entró Miguel; la señorita le saludó y bajó los ojos sin afectación, aunque ligeramente turbada; el Conde se levantó á medias é inclinó la cabeza.

—¡Ah!—exclamó Francina.—¿Sois vos? me alegro, porque os esperaba.

—¿A mí?—dijo Berthier mirando alternadamente á las dos mujeres.

—A vos, señor legislador; porque tengo que dirigiros un ruego y señalaros una iniquidad.....

Y volviéndose hacia el Conde de Morangis, le dijo:

—Un asunto muy vulgar, primo mío, y frecuente, del cual no hablaría delante de Paulina si la caridad no permitiese decirlo y si vuestra querida hija no tuviese un corazón capaz de comprenderlo y sentirlo todo.

—¿De qué se trata?—preguntó Miguel.

—De una seducción y de una pobre muchacha abandonada..... ¡Ya os he dicho que el asunto era trivial!..... Se me ha traído, para interesarme por esa muchacha, esta carta que os ruego leáis en alta voz, para que os sirva como tema y punto de partida para un discurso muy preciso y muy útil sobre la indagación de la paternidad, que está prohibida y que, según mi entender, debiera permitirse, para que hombres desalmados, verdaderamente miserables, no continúen abandonando al azar de la vida y al cruel capricho de la suerte á desventuradas mujeres y pobres niños. ¿Creéis, Conde, que el asunto es demasiado escabroso?

—No—dijo Mr. de Morangis—porque Paulina

es una de esas mujeres que, consoladoras de todos los sufrimientos, no retroceden ante ninguna llaga social.

—Y menos todavía—añadió Paulina dulcemente—si pueden curarse.

Miguel estaba sorprendido. ¡Una seducción! ¡una pobre muchacha abandonada! ¿Por qué Francina hablaba de esas cosas? ¿Habría adivinado lo que pasaba en él y alrededor de él? ¿sería aquello una prueba?

La imagen de Lía derramando lágrimas se levantaba ante sus ojos; sacudió la cabeza como para huir de un desvanecimiento, y buscó la mirada de la Baronesa como para adivinar lo que ésta quería decir.

—Pues bien—continuó Francina, dando á Berthier la carta, una carta escrita en renglones tortuosos, y algunos medio borrados con lágrimas—leed esto, y pensad en que no es asunto inventado ni exagerado, sino la verdad pura, desnuda; y decidme luego si los novelistas pueden inventar sufrimientos más íntimos y profundos, y lo que deben hacer los legisladores contra abandonos tan cobardes.

—¿De quién es esta carta?—preguntó Miguel vacilante, inquieto.

—De una pobre muchacha que la escribía á una amiga suya, pobre niña que estuvo al servicio de la Duquesa de Courtenay-Montignac..... Me la remite la misma Duquesa. ¡Leed, querido diputado, leed!

Miguel hizo un esfuerzo supremo para alejar de su pensamiento la visión de Lía.

La carta era conmovedora; una de esas cartas que son gritos del alma, en los que las infelices abandonadas exhalan de su corazón olas de amargura y sollozos de miseria; una novela de amor terminada con el abandono más triste; recuerdos de las alegrías de amante y de madre y de los olores nauseabundos de un hospital; el desdén del amante, un villano con uniforme militar, y el nacimiento de un niño, el rescate de la mujer seducida; la alegría de la madre despreciada; luego la muerte del recién nacido en el hospicio, y detalles atrocemente crueles: primero en una boardilla, sin cama, sin dinero, sin médico, sin medicinas, sólo con la miseria; luego, para llevar al niño al asilo oficial, la necesidad de un certificado del comisario; y al día siguiente el pobre pequeño muerto, y un brutal portero rechazando á la madre. ¡Ni un bucle de cabellos para guardarlos como sagrada reliquia! ¡ni siquiera el collarci-

to que el niño tenía puesto en la garganta! ¡Nada, nada para recuerdo! La revelación de una cosa espantosa y siniestra; una miseria sin frases, sin drama, sin cólera, que es como el reflejo de la vida de los que sufren, el combate de los humildes en la sombra, los tristes desenlaces de la existencia de los desheredados de la fortuna y de la dicha.

—¿Qué hago ahora?—concluía diciendo aquella madre.—¡Oh! ¡casi deploro creer en algo para más allá de esta vida! Porque si no creyese, me mataría, y la muerte me daría descanso.....

XXI.

Miguel había hecho una pausa en la lectura, porque la emoción le apretaba la garganta; emoción causada por la misma carta, por el recuerdo de Lía, por la ansiedad que tenía él mismo, y tal vez por la manera con que había sabido expresar el dolor desleído en aquella lacrimosa carta.

Porque se había dejado arrastrar por su talento de lector, y en realidad, el artista se sobreponía al hombre. La Baronesa estaba como encantada, y la señorita de Morangis, pálida, con temblorosos

labios, con expresión de cólera y de sufrimiento en sus ojos, no se cuidaba de ocultar sus lágrimas.

—Paulina, Paulina—exclamó el Conde de Morangis, tomando las manos de su hija y asustado de verla tan conmovida,—¿qué tienes, hija mía, qué tienes?

Ella le miró fijamente á través de las lágrimas, y respondió con acento dolorido:

—¿Este es el mundo? ¿ésta es la vida? ¡Ah padre mío! escuchadme bien: el claustro, sí, el claustro, ¿no vale más que tantas miserias?

El Conde de Morangis se estremeció, y un frío de muerte le heló el corazón.

—No, no, Paulina—dijo el anciano;—hay consuelos en el mundo, hay virtudes, hay abnegación, hay dicha.

Ella no respondió.

Miguel Berthier, entusiasmado por su propia emoción, devolvió la carta á la Baronesa y habló largamente con elocuencia acerca de las pobres mujeres así abandonadas, del crimen de los seductores, del derecho de los seres inocentes que nacen de los amores culpables.

Olvidó los combates íntimos de su alma, y como si hubiese estado en la tribuna ó en el foro,

pronunció una improvisación magistral, una alocución conmovedora que se dirigía al sentimiento más que á la razón, y consiguió arrancar nuevas lágrimas con sus frases de consumado retórico.

—¡Bravo, Cicerón!—dijo Francina aplaudiéndole.—Defended así la causa de la mujer en el Cuerpo Legislativo, y causa ganada.

—Os juro, señora, que así lo haré.

Y así diciendo, el abogado, el retórico, el *parlatore*, aparecía como encantado del efecto que acababa de producir; el Conde de Morangis le estrechó la mano con efusión; Paulina le contemplaba con mirada resplandeciente; él sacudía su rubia cabellera, cual si la llama que flotaba en su cerebro se ahogara bajo aquel peso.

La señorita de Morangis se levantó de repente y pidió á la Baronesa permiso para retirarse:

—¿Ya, querida niña?—dijo Francina.

—Sí—contestó Paulina con algún apresuramiento;—pero antes os ruego que me digáis el nombre y el domicilio de la joven abandonada que ha escrito esa carta.

—Clotilde Ballue—respondió Miguel, que volvió á coger la carta—calle Lepic, 12, en Montmartre.... Procuraré tener el honor de secundar á la señorita de Morangis en sus obras de caridad.

Paulina, ruborizada, escribió en su *carnet* el nombre y las señas, y salió como aturdida todavía por la extraña emoción que le produjeron la lectura de la carta y el discurso de Miguel.

— Dí, papá — preguntó bruscamente al Conde de Morangis cuando estuvieron solos en el carruaje — ¿crees que Miguel Berthier piensa realmente en lo que acaba de decir?

— La pregunta es muy original, hija mía — contestó el Conde sonriendo; — pero me parece que Mr. Berthier se ha expresado con el acento de la convicción más íntima.

— Entonces, ¿es un hombre de corazón?

— Y de talento; y un orador elocuentísimo.

— ¿Pero crees que es hombre de corazón? — repitió Paulina con insistencia.

— Sí, un hombre de corazón — añadió el Conde, no poco impresionado por la extraña inflexión de la voz de su hija; — pero ¿qué te importa, niña, Miguel Berthier?

Paulina no respondió una sola palabra: sus dos grandes ojos soñaban.....

Cuando el coche paró á la puerta del hotel de Morangis, el Conde se preguntaba con no disimulada alegría:

— ¿Será posible que le ame?

Y le pareció que el alma de Paulina se abría por vez primera á un sentimiento que no era el fervor monástico, y aún tenía esperanza de renunciar á la fría visión del claustro.

XXII.

La Baronesa de Rives había observado, con el sentimiento instintivo de celos que poseen algunas mujeres, la impresión profunda que Paulina había producido en Miguel Berthier.

Este, á poco de salir la joven, y obedeciendo á una especie de atractivo irresistible, interrogó á Francina sobre aquella misteriosa niña que pasaba á través del mundo como un genio etéreo, pensativa, arrobada siempre en el *más allá*, cual si sus pies no hubiesen tocado la tierra.

— ¡Diríase que es una aparición! — exclamó.

— ¿De verdad? — contestó Francina. — Ya veo que el lindo fantasma os ha impresionado.

Miguel se turbó un poco al observar la expresión irónica de la Baronesa, é intentó atribuir á pura curiosidad las preguntas que la había dirigido; pero Francina adivinaba el creciente inte-

rés, la admiración de aquél, y era demasiado mujer para no sospechar que la admiración conduce directamente al amor.

Y entonces, en una *causerie* viva, ligera, esmaltada de oportunos rasgos de ingenio, reveló á Miguel Berthier *el secreto* de la señorita de Morangis; y sucedió que Francina le habló con tan delicioso encanto, explicando el sencillísimo secreto, aunque bien conmovedor, del hotel de Morangis, unas veces sentimental y otras irónica y burlona, analizando con arte asombroso, con emoción, tal vez con perfidia, todo lo que se agitaba en el corazón de Paulina y en la mente del Conde.

—¡Qué buena novelista seriais, Baronesa!— díjola Berthier repetidas veces, interrumpiéndola con cordialidad apasionada.

Y ella, que simulaba no haber oído, continuó pintando el carácter original de aquella joven adorable, hermosa, inmensamente rica, la cual no tenía otro amor, otra pasión, otro deseo..... que el claustro.

Paulina no conoció á su madre: faltándola desde su primera infancia los besos consoladores del ser adorado que da la vida, y luego la inunda de felicidad con sus caricias, había crecido amada por su padre, aunque no comprendida, porque el Con-

de llenaba la mayor parte de su existencia, con pasión de benedictino, en sus queridos trabajos históricos, en indagaciones para su obra magna *La Vida de convento*.

El doctor Loreau, grande amigo del Conde, si bien no participaba de sus ideas, prefiriendo la antropología á la metafísica, el escalpelo al hisopo, decía algunas veces á su antiguo condiscípulo:

—¡Vive alerta, Francisco! No olvides que la madre de Paulina era una naturaleza mística que murió con alegría, como si hubiese estado cansada de vivir, á los veintitres años.....

—¿Es decir?.....

—Es decir que cuando Paulina salga del colegio-convento, no permitas que lea tus libros teológicos; deja que lea las comedias de Molière, que dan al espíritu alimento sano; pero tus obras históricas y literarias, jamás, ¿oyes? jamás.

El Conde se encogía de hombros, llamaba incrédulo al doctor, y no puso cuidado en lo que significaba el sobrenombre de *señorita de La Valière* que daban á la señorita de Morangis sus compañeras de colegio; y era que Paulina ya sentía entonces instintivamente el apetito del sacrificio, del terror al mundo.

Era una de esas almas tímidas que se estreme-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

cen de miedo en las circunstancias más sencillas de la vida, y que tendrían, no obstante, el heroísmo de la abnegación y el sacrificio.

El doctor Loreau, profesor en la Facultad de Medicina, era famoso por dos obras científicas, una intitulada *La Ciencia durante la Revolución*, y otra, más especial, digna de ser comparada con la de John Lubbock, que tenía por título *Los hombres ante la historia*.

Tenía cincuenta años, y era fuerte, rubio, con mejillas frescas, boca sonriente y dentadura blanquísima; no se observaba en él nada de pedantería, y sí mucha amabilidad y franqueza; como sabio y como hombre probo se le llamaba «el honor cumplido y la erudición completa.»

Un día, cuando Paulina salió del colegio-convento, el doctor Loreau se asustó de la palidez que veía en el rostro del Conde de Morangis.

—¿Sufres?—le preguntó.

—Mucho, mucho.

—¿Pues qué ocurre?

—Ocurre.... ocurre que tenías razón, mi buen Edmundo: ¡mi hija está perdida para mí!

—¿Perdida? ¿qué dices?

—¡Que quiere ser monja!

—¿No te lo había dicho yo—contestó Loreau—

y jamás hiciste caso de mis advertencias? Paulina tiene un cráneo semejante al de las vírgenes romanas que abominando la corrupción de su época se refugiaban en las catacumbas y huían del dolor de vivir por la alegría de perecer como mártires en la arena del circo, desgarradas por las fieras y confesando su fe. Sí: en tu Paulina hay algo de la mártir cristiana. ¡Cuántas veces te lo he dicho estremeciéndome!

Y preguntó al Conde cómo Paulina había manifestado aquel deseo.

—Una mañana, hablándome con la mayor naturalidad, como si hubiese adoptado ya una resolución irrevocable. ¿No sospechas que puede haber en esa pasión por el claustro algún amor oculto, desconocido, contrariado.... que sé yo?

—¡Tal vez!—respondió Loreau; y reflexionando, añadió:—No, no: sencillamente el amor á la celda por la celda misma, á la soledad por la soledad, puede haberse apoderado del corazón ardiente de Paulina con el disgusto de la vida. ¡Basta con una chispa insignificante para encender hogueras devastadoras! Una muchacha tiene una amiga que se casa y es desgraciada en su matrimonio; confía ésta sus cuitas á aquélla, quien

se asusta, se indigna y exclama en lo íntimo de su corazón: «¿Ese es el mundo? ¿ese es el matrimonio? ¿esa es la vida? ¿eso es lo que me espera si me caso? No: antes cien veces el claustro, antes la muerte.» Así, así, amigo mío, se crean muchas vocaciones.

—Paulina, en efecto, tenía una amiga, la señorita de Panges, que ha sucumbido..... tal vez de pesar..... al año de su matrimonio.....

—Pues no es necesario más: ahí está la causa que buscas. ¡Añade el germen de misticismo que Paulina ha heredado de su madre!

—¡Quién sabe!—replicó el Conde de Morangis.—Pero ¿dónde, Edmundo, has estudiado á la mujer?

—En mi laboratorio.

—¡Ah! Siempre tu *dada*, como diría Sterne.....

—Estudia antropología, Francisco, y conocerás mejor á los frailes cuyos heroísmos has referido tan lindamente.....

El médico aludía á la obra del Conde *La Vida de convento en la Edad Media*, un libro en cuyas páginas se desbordaba el deleite insano de las lágrimas, la embriaguez del misticismo, la ternura amarga que prestan una armonía á los arrullos del viento entre los cipreses, al sollozo de la reli-

giosa prosternada, al himno fúnebre de renuncia absoluta al mundo.....

Apenas se retiró Edmundo Loreau, el Conde envió un recado á Paulina para que pasase al gabinete de su padre, cuyas paredes ostentaban pinturas religiosas, copias de Beato Angélico y de los frescos de la Santa Capilla, que eran como ilustraciones del propio libro del Conde.

Éste apoyaba los codos en su mesa de trabajo y la cabeza en sus manos cuando Paulina entró.

—¿Me habéis llamado, padre mío?—preguntó con su linda voz musical, un poco triste.

—Sí, niña mía, para hablar seriamente..... ¿Has reflexionado?

—Sí; he reflexionado mucho, mucho..... suponiendo que me habláis de mi deseo de entrar en un convento para no volver á salir de él—contestó firmemente, con una expresión tan resuelta que hizo estremecer al padre.

—Veamos, veamos—dijo éste, dominando su emoción;—¿qué significa ese capricho?

Paulina hizo un gesto de desagrado, y el Conde rectificó así:

—¿Qué significa esa resolución?

—Significa que quiero consagrar mi vida á Dios, padre de todos.

—¿No has pensado en que obrando así me herirías en medio del corazón?—replicó el Conde con voz ahogada por los sollozos.

—Perdonadme, padre mío: nuestro común sacrificio será hecho á la mayor gloria del Salvador.

—Paulina, Paulina..... ¿tan desgraciada eres aquí?

—No, no soy desgraciada; soy feliz y os bendigo.

—¿Tienes alguna pena que yo no conozca?

—Ninguna.

—¿Amas á alguien?

—No—respondió humildemente Paulina;— sólo amo á Dios y á vos.

—¿Hace mucho tiempo que piensas en eso?

—Desde el día en que supe que el mundo era malo para las almas que aman, y que la dicha sin tregua estaba en los brazos de Jesús.

—¿Quién te lo ha enseñado? ¿Dónde lo has aprendido? ¿Lo sabes desde el colegio?

Paulina, sin afrontar la mirada de su padre, dirigióse lentamente á la biblioteca, tomó un libro, y abriéndole en una página que ella había leído muchas veces, exclamó:

—Escuchad.

Era un capítulo de la gran obra de Francisco de Morangis, *La Vida de convento en la Edad Media*,

en el que el escritor había acumulado con la paciencia del erudito y la seducción del artista las pruebas de la beatitud del claustro, los cuadros de sus íntimas alegrías, de felicidades ignoradas por el mundo: diríase que aquel capítulo era un viaje adorable al jardín de las *Delicias*.

Y después que hubo leído el capítulo, añadió con voz firme y armoniosa como un cántico:

—He ahí mi respuesta, padre mío.

El desgraciado padre se sentía herido en el corazón por su mano misma.

—¡Tira eso! ¡arrójalos! ¡los libros mienten!

Así gritó, sufriendo como cristiano y como padre, en su fe que tropezaba con la duda, y en el amor ardiente que profesaba á su hija, aquella hija que su propia religión le amenazaba quitársela.

Y sin embargo de la firme contestación de Paulina, el Conde intentó combatirla.

—¿Pero sabes, querida Paulina—dijo,—lo que es la vida del mundo, esa vida en la que rehusas entrar? ¿Te figuras que es una cloaca donde no se puede asentar el pie? No, no: hay senderos con hierbas olorosas, macizos de flores, jardines perfumados, días llenos de sol y bellezas..... ¡Tú no conoces la vida!

—¡Ah, padre mío! tampoco la conoce el niño que nace, y desde el primer instante de su existencia llora y grita como si tuviese el presentimiento de los dolores que le aguardan.

Y el padre, desdeñando voluntariamente el átomo de misantropía que toda alma altiva lleva en sí misma, olvidaba sus propias decepciones y pedía á su hija que consintiese en atravesar por el mundo antes de despedirse de él, en conocerle antes de maldecirle.

—¿Vos lo queréis?—respondió Paulina.—Está bien: ¡consiento!

Y esta palabra fué para el desgraciado padre como un fulgor de esperanza.

Convínose entre padre é hija que Paulina aplazaría por un año su proyecto de renunciar al mundo, y que si, en ese plazo, día por día, las ideas de la joven no se hubieran modificado al contacto de los sucesos, el Conde no opondría resistencia alguna á los propósitos de su hija.

—¿Me lo prometéis?—preguntó Paulina.

—¡Te lo prometo!—respondió Francisco de Morangis con voz temblorosa.

—Está bien—repuso la señorita de Morangis.—Dentro de un año, padre mío, volveré á abrir este libro por esas mismas páginas y os diré: «¡Ahí

está mi esperanza, ahí está la dicha, ahí está la vida!»

Y cuando el Conde refirió esta conferencia á su antiguo condiscípulo Edmundo Loreau, hablándole apenado de un convenio tan extraño y doloroso, el médico le contestó:

—¡Bah! te repito que en un año el bigote de algún guapo mancebo ó la palabra de oro de un poeta..... ¡ya ves que no soy tan materialista como crees!..... habrán hecho desvanecerse en humo los bellos proyectos de la reclusa en perspectiva. Y..... ¡amén!..... como tú dirás, mi querido Francisco.

El Conde paseó á su hija por las más bellas ciudades de Italia, por los salones más aristocráticos de París, por las playas más seductoras de Francia en la estación de baños.

Y siempre en vano.

El año del plazo estaba á punto de espirar, y la voluntad de Paulina seguía resistiendo.

El pobre padre sentía ya en sus oídos el triste clamor de las campanas que debían anunciar el día terrible de la toma de velo, aquel clamor del que antes decía: *¡O beata solitudo! ¡O sola beatitudo!* y que ahora, con la tortura siniestra de eterna separación, significaba un dolor, un terror, un infierno.....

XXIII.

Francina de Rives había referido á Miguel Berthier con arte singular de análisis todas las fases de aquel sufrimiento paternal cuidadosamente oculto; y después de poetizar á Paulina, complaciéndose en enaltecerla ante el joven, es decir, en presentársela tal como ella era, permitiósela la maligna voluptuosidad de burlarse de la pasajera turbación que Miguel había observado algunas veces en la señorita de Morangis, y de las nacientes esperanzas del Conde Francisco.

—Mi querido diputado—le decía Francina—ahora que conocéis el secreto de esa niña, á vos pertenece devolver á ella la esperanza y á su padre la vida. ¿Creéis que me burlo? Pues no: ¡estoy segura de que Paulina piensa en vos! ¡Ah! ¡qué empresa más bella arrancar una criatura tan encantadora á esa muerte anticipada que se llama *celda de un convento*.... y decir á un pobre padre que tiene el corazón traspasado de dolor: «Me dáis vuestra hija, y yo os la devuelvo.» ¡La situación es la más bonita que se puede imaginar! ¿Qué decís?

Miguel no decía nada; turbado, inquieto, febril, no adivinaba si la palabra irónica de la Baronesa tenía algún fundamento; miraba fijamente á aquella mujer, sin poder separar sus ojos de las pupilas azuladas de ella.

¡Oh! ¡parecía loco! Sentíase magnetizado por sus resplandores, que simulaban chispas de oro á la luz de la lámpara, por su boca irónica y sensual, por su sonrisa henchida de promesas, de reto: desaparecía todo ante él, y no veía nada, nada, sino aquella tentación viviente, aquella extraña criatura; y el silencio entre ambos era cada vez más profundo, y los mullidos tapices en que el pie se deslizaba le atraían, y Miguel no comprendía el gesto irresistible de Francina, que le pedía humillarse delante de ella, como si la embargase una tentación de ser escuchada y admirada de rodillas.

Algo raro, en efecto, algo rudo y seductor pasaba en tal momento por el cerebro de Francina: ella había observado que Miguel atendía con zozobra, un poco pálido, cuando se le hablaba de Paulina, y sabía además que Lía le esperaba anhelante y quizá desolada.

Y decíase que era asunto inesperado, nuevo, encantador quitar á la vez aquel hombre á dos

mujeres: á la que iba á amar y á la que había amado!

¡Qué triunfo! ¡qué nuevas sensaciones! ¡qué sabroso debía ser hincar los blancos dientes en aquel fruto prohibido.

Triple victoria en un solo triunfo: torturar, estrujar en sus manos y uñas tres corazones, sí, tres corazones, porque Paulina podía amar á Miguel Berthier..... ¿quién sabe?..... ¡quizás ya le amaba!

Y le miraba con fijeza, y sus dientes atraían al joven casi tanto como su mirada: conocía que era dueña de él, que le tenía á merced suya, que estaba allí suplicante, rendido.....

—¿Pero amáis á la señorita de Morangis, Miguel?—le preguntó con voz débil, con mirada penetrante y halagadora.

Y él no respondía: estaba arrodillado, y la estrechaba en sus brazos.

—¿Es que amáis aún á vuestra querida, Miguel?

Y entonces él se levantó como un loco, la oprimió contra su pecho, la tomó la cabeza con ambas manos y lanzó este grito, que concluyó con ardiente beso:

—¡Yo te amo!

XXIV.

La Baronesa se complacía en jugar con su propio triunfo, y el triunfo era completo: aquel hombre que producía inquietud y alarma en las Tuellerías, no era delante de ella sino un niño.

¡Cómo sonreía al pensar en la debilidad de aquel cuya fogosa palabra se tenía en altísimas regiones por la más irresistible potencia, el ariete más poderoso!

El Duque de Chamaraule, uno de los favoritos de Palacio y de los consejeros directos y escuchados, pidió una vez á la Baronesa que le diese una definición exacta del temible diputado republicano.

—¡No es muy difícil!—respondió Francina sonriendo.

—Figuraos un idilio que rayase en la sátira, un poeta de madrigales que llevara á sus labios la trompeta de los *Châtiments*.

—¿En verdad?—dijo el Duque, que entonces era ministro.

—En verdad: rascad al tigre y hallaréis un cordero; sus filípicas sólo son pastorales.